

envenenado, porque tengo la boca amarga como si hubiese tomado monedas de cobre viejo. Dios sabe, sin embargo, que nada he tomado de sus manos..... Esta noche no puedo más, mejor es que me acueste. Adiós, hijo mío, porque si te vas mañana á las siete y veintiséis, será demasiado temprano para mí. Vo' verás, ¿no es eso? y esperemos que todavía esté yo en pie.

Santiago tuvo que ayudarla á entrar en su cuarto, donde se acostó, quedándose dormida, sin fuerzas. En cuanto se vió solo, dudó Santiago si subir á echarse sobre el heno que le esperaba en el granero. Pero no eran más que las ocho menos cuarto y tiempo le quedaba de dormir. Salió á su vez, dejando encendida la lamparilla de petróleo en la casa vacía y soñolienta, conmovida de vez en cuando por algún tren.

Fuera ya, Santiago experimentó los efectos de la suavidad del ambiente. Sin duda iba á llover más. En el cielo una nube lechosa, uniforme, se había extendido, y la luna llena, que no se veía, oculta detrás de la nube, aclaraba toda la bóveda celeste con un color rojizo. También se distinguía claramente el campo, cuyas tierras y eminencias y cuyos árboles se destacaban negros en medio de aquella luz igual y mortecina, como seres insomnes. Dió la vuelta á la reducida huerta. Después pensó marcharse hacia Doinville, porque allí la subida del camino era menos áspera. Pero la vista de la casa solitaria, construída de cualquier manera al otro lado de la línea, lo atrajo, y atravesó la vía pasando por la

empalizada, pues la barrera estaba ya cerrada por la noche. Esa casa conocíala él perfectamente y la miraba en todos sus viajes, en medio del rugido de su veloz máquina, molestándole sin que supiese por qué, con la sensación confusa que producía en su existencia. Cada vez experimentaba, primero como miedo de no volver á encontrarla allí, y después como cierto malestar al verla en su sitio. Nunca había visto abiertas sus puertas y sus ventanas. Todo lo que le habían dicho de ella era que pertenecía al presidente Grandmorin; y aquella noche sintió un deseo irresistible de pasearse en sus alrededores para saber más.

Santiago permaneció un rato parado en el camino frente á la verja. Retrocedía y se alzaba sobre las puntas de los pies, tratando de darse cuenta. El camino de hierro, al cortar el jardín, no había dejado delante de la casa más que un estrecho parterre cerrado por tapias; detrás se extendía un vasto terreno rodeado por un seto vivo. Ofrecía cierto aspecto de lúgubre tristeza en su abandono, con el reflejo rojizo de aquella nebulosa noche. Disponíase Santiago á alejarse, sintiendo un calofrío, cuando notó que había un agujero en el seto. La idea de que sería cobarde si no entraba le hizo pasar por el agujero. Su corazón latía violentamente. Pero enseguida se detuvo al ver una sombra agazapada.

—¡Cómo! ¿eres tú?—exclamó asombrado al reconocer á Flora.—¿Qué haces aquí?

También ella sintió un estremecimiento de

sorpresa. Repuesta luego, dijo tranquilamente:

—¡Ya lo ves, estoy cogiendo cuerdas..... han dejado un montón y se pudrirían sin servir á nadie. Por eso yo, que las necesito, vengo á cogerlas.

—En efecto, con unas grandes tijeras en la mano, sentada en el suelo, estaba Flora desenredando las lías de cuerdas y cortando los nudos que se resistían.

—¿No viene el propietario?—preguntó el joven.

Ella se echó á reír.

—¡Oh! Desde la cuestión de Luisita no hay cuidado que el presidente se atreva á asomar la punta de su nariz por la Croix-de-Maufras. Puedo cogerle sus cuerdas sin cuidado.

Santiago se calló un momento, turbado por el recuerdo de la trágica aventura que evocaba.

—Y tú, ¿crees lo que Luisita ha contado? ¿crees que él haya querido violarla y que luchando es como se ha herido ella?

Flora exclamó bruscamente dejando de reírse:

—Luisita nunca ha mentado, ni Cabuche tampoco..... Es amigo mío.

—Y tal vez tu novio á estas horas.

—¡El! Habría que ser una famosa *ramera*..... ¡No, no! es mi amigo; yo no tengo novio ni quiero tenerlo.

Flora había erguido su poderosa cabeza, cuyo espeso vellón le dejaba descubierto poco espacio de frente; y de todo su robusto ser se desprendía una salvaje energía de voluntad. Ya era la he-

roina de una leyenda en el país. Contábanse historias de salvamentos: una carreta retirada de la vía al pasar un tren; un vagón que bajaba solo por la cuesta de Barentín, detenido; como una bestia feroz galopando al encuentro de un exprés. Y estas pruebas de fuerza asombraban, haciendo que los hombres la deseasen, tanto más cuanto que la creyeron fácil en un principio, porque vagaba por los campos, buscando los rincones más apartados y echándose en el fondo de las cuevas, con los ojos abiertos é inmóvil. Pero los primeros que se habían arriesgado no volvieron á sentir gana de comenzar la aventura. Como la gustaba bañarse desnuda en un vecino arroyo, algunos pilluelos de su edad habían ido por verla; pero ella logró coger á uno de ellos, y sin tomarse siquiera el cuidado de ponerse la camisa, lo vapuleó de tal modo que ya nadie iba á observarla. En fin, esparcíase el murmullo de una historia con cierto guarda-aguja del empalme de Dieppe, acaecida al otro lado del túnel; un tal llamado Ozil, muchacho de treinta años, muy honrado, á quien ella pareció dar algunas esperanzas, pero que, habiendo tratado de violentarla cierta noche, por poco le deja muerto de un garrotazo. Flora era virgen y guerrera, desdeñosa de varón, lo que acabó por convencer á las gentes de que tenía la cabeza extrañada.

Al oírla declarar que no quería novios, Santiago continuó sus zumbas.

—Entonces ¿no se realiza tu casamiento con

Ozil? Yo había oído decir que todos los días andabas buscándole por el túnel.

Ella se encogió de hombros.

—¡Ah! mi casamiento..... Me hace gracia lo del túnel. Dos kilómetros y medio de galopar á oscuras, con el miedo de que un tren pueda aplastarla á una si no abre bien el ojo. ¡Hay que oír á los trenes allá abajo!... me tiene aburrída ese Ozil. Ya no es á él á quien quiero.

—¿Quieres, pues, á otro?

—¡Ah! no lo sé..... ¡No á fe mía!

Y soltó una carcajada, mientras un fuerte nudo que no podía deshacer, reclamaba toda su atención. Luego, sin levantar la cabeza, como absorbida por su tarea, dijo:

—Y tú, ¿no tienes novia?

Santiago á su vez se puso serio. Sus ojos se extraviaron, fijándose á lo lejos en la noche.

Después respondió con brevedad:

—No.

—Eso es, me han contado que odias á las mujeres. Además, no te conozco de ayer; jamás nos has dirigido una palabra amable..... ¿Por qué, dí?

Santiago continuaba callado, y Flora, abandonando el nudo, se decidió á mirarle.

—¿Es que sólo quieres á tu máquina? Se dicen muchas cosas respecto de eso, ¿sabes? Dicen que estás siempre en la frontera haciéndola relucir, como si sólo tuvieses caricias para ella..... Yo te lo digo porque soy amiga tuya.

El también la miraba ahora á la pálida cla-

ridad del nebuloso cielo. Y se acordaba de ella cuando era pequeña, violenta y voluntariosa, saltándole al cuello en cuanto lo veía, sintiendo por él una pasión de niña salvaje. Después fué perdiéndola de vista, encontrándola cada vez más ercída, pero recibéndole siempre del mismo modo, acosándole más y más con la llama de sus claros ojos. A la sazón era una soberbia mujer, codiciable; y sin duda le quería hacía mucho tiempo, desde su niñez. Su corazón comenzó á latir, presintiendo repentinamente que aquella mujer le amaba apasionadamente. Trastornaban su cabeza oleadas de sangre, y su primer movimiento fué huir. El deseo le había vuelto loco siempre; todo lo veía rojo.

—¿Qué haces ahí de pié? Siéntate.

El vaciló de nuevo. Luego, vencido por la necesidad de gustar otra vez del amor, flaqueándole las piernas, dejóse caer junto á ella sobre el montón de cuerdas. No hablaba, tenía seca la garganta. A la sazón era ella, la orgullosa, la seria, quien hablaba por los codos, aturdiéndose á sí misma.

—¿Ves qué mal hizo mamá casándose con Misard? Siempre la jugará alguna mala partida... Yo me lavo las manos, porque bastante tiene una con sus quehaceres, ¿no es verdad? Además, mamá me envía á acostar en cuanto quiero intervenir..... ¡Que se desenrede ella! Yo vivo fuera pensando en cosas para más tarde.... ¡Ah! Te vi pasar esta mañana en tu máquina, desde esos matorrales de allí abajo donde estaba sen-

tada. Pero tú no miras nunca..... Ya te diré las cosas en que pienso, pero no ahora, más tarde, cuando seamos amigos del todo.

Había dejado caer las tijeras, y él, siempre mudo, se había apoderado de sus dos manos. Ella, encantada, se las abandonaba. Sin embargo, cuando Santiago se las llevó á los labios, Flora sufrió un estremecimiento de virgen. La guerrera se despertaba batalladora, á esta primera aproximación del hombre.

—¡No, no! déjame, no quiero..... Estate quieto, hablaremos..... Los hombres no pensáis más que en eso. ¡Ah! si yo te repitiese lo que Luisita me contó el día que murió en casa de Cabuche..... Por lo demás, ya estaba yo enterada de lo que es el presidente, porque le he visto hacer algunas porquerías cuando venía aquí con ciertas muchachas..... Hay una de quien nadie sospecha..... la ha casado después.

Santiago no escuchaba. Habíala cogido brutalmente y deshacía su boca contra la de ella.

Flora lanzó un débil grito, una queja más bien, profunda y dulce, donde estallaba la confesión de su ternura, oculta durante mucho tiempo; pero seguía luchando, á pesar de que lo desaba. Sin proferir palabra, pecho contra pecho, forcejeaban á ver quién caía primero. Un instante pareció ser ella la más fuerte; habría podido tirar á Santiago debajo de sí, á no ser porque éste la agarró del pescuezo. Saltó el corpiño y aparecieron los dos pechos, duros, blan-

cos como la leche. Flora cayó de espaldas, vencida.

Entonces él, jadeante, con los miembros agitados por un temblor nervioso, se detuvo mirándola en vez de poseerla. Un furor súbito pareció apoderarse de Santiago, una ferocidad que le hacía buscar con los ojos un arma, una piedra, cualquiera cosa con que matarla. Sus miradas encontraron las tijeras brillando entre los montones de cuerdas, y se apoderó de ellas, para hundirlas en aquella desnuda garganta, entre los dos pechos de sonrosados pezones. Pero un frío horrible le congelaba los miembros; arrojólas y huyó, mientras que ella, con los párpados cerrados, creía que la rechazaba á su vez por haberse resistido.

Santiago subió corriendo por el sendero de una cuesta y fué á parar al fondo de un estrecho valle. Las piedras que rodaban á su paso lo asustaron, y tomó á la izquierda por entre varias malezas, volviendo un recodo que lo arrojó á la derecha sobre una meseta vacía. De pronto resbaló y fué á dar contra la yalla del camino de hierro. Llegaba un tren, y él no lo notó en un principio, lleno de espanto como se hallaba.

¡Ah, sí! ¡era el continuo oleaje humano que pasaba mientras él estaba agonizante allí! Trepó y bajó de nuevo, encontrándose siempre con la vía en el centro de profundas zanjas. Aquel desierto país, cortado por montecillos, era como un laberinto sin salida, donde se agitaba su locura en medio de terrenos ocultos. Después de algu-

nos minutos, *bataite* las pendientes, cuando vió delante de sí la negra abertura, la abierta boca del túnel. Un tren ascendente se precipitaba por él, bramando, silbando y haciendo retemblar el terreno.

Entonces, flaqueándole las piernas, cayó Santiago al borde de la línea, boca abajo sobre la hierba, prorrumpiendo en sollozos convulsivos. ¡Dios mío! ¿le habría vuelto aquel abominable mal de que se creía curado? ¡Había querido matar á una muchacha! ¡Matar á una mujer! ¡matar á una mujer! Y esto resonaba en sus oídos, desde el fondo de su juventud, con la fiebre creciente, enloquecedora del deseo. Así como otros, al despertar de la pubertad, sueñan con el deseo de poseer una mujer, él se había excitado ante la idea de matarla. Porque no podía mentirse, había cogido las tijeras para clavarlas en las carnes de Flora, en cuanto vió aquellas carnes, aquel seno tibio y blanco. ¡Y no por cólera, no! era por gusto, porque había sentido deseos de ello, deseos tales que si no se hubiera agarrado desesperadamente á la hierba habría vuelto corriendo, allí abajo, para asesinarla. A ella ¡santo cielo! á la joven que él había visto crecer, y por la cual acababa de sentirse amado profundísimamente. Sus crispados dedos penetraron en la tierra y los sollozos le desgarraron la garganta, en un acceso de espantosa desesperación.

Esforzábese por calmarse, queriendo comprender el misterio. ¿Qué tenía él que lo diferenciaba de los demás? Allí abajo, en Plassans,

en su juventud, ya se había dirigido la misma pregunta varias veces. Su madre Gervasia le había tenido muy joven, á los quince años y medio; fué el segundo, pues su madre había parida á Claudio cuando apenas tenía catorce años; y ninguno de sus dos hermanos, ni Claudio, ni Esteban, nacido después, parecía que se resintieran de haber tenido una madre tan joven y un padre tan mozo como ella, el apuesto Lautier, cuyo mal corazón tantas lágrimas costó á Gervasia. Tal vez sus hermanos tenían algún mal que no confesaban; el mayor sobre todo, ardía en deseos de ser pintor, tan rabiosamente, que todos le creían medio loco. La familia no estaba bien equilibrada, muchos de sus individuos tenían una lesión cerebral. El, á ciertas horas, sentía esta lesión hereditaria; no porque tuviese mala salud, pues la aprensión y la vergüenza de sus crisis eran las solas causas de que hubiese adelgazado en otro tiempo; pero había en su ser repentinas pérdidas de equilibrio, como roturas, agujeros, por los cuales el *yo* se le escapaba en medio de una especie de gran humareda que disformaba todo. Santiago no se pertenecía á sí mismo, obedecía á sus músculos, á la fiera enfurecida. Sin embargo, no bebía, rehusaba hasta una copa de aguardiente, porque había observado que la menor gota de alcohol le volvía loco. Y vino á caer en la cuenta de que pagaba por los demás: por los padres, por los abuelos, generaciones de borrachos que tenían la sangre gangrenada, sintiendo él ahora un lento enve-

nenamiento, un salvajismo, que lo asemejaba á los lobos devoradores de mujeres en el fondo de los bosques. Santiago se había apoyado sobre un codo, reflexionando, mirando la negra entrada del túnel; y un nuevo sollozo recorrió todo su ser, cayó de nuevo dando con la cabeza en tierra, lanzando gritos de dolor. ¡Aquella muchacha, aquella muchacha que él había querido matar! Esta idea le acosaba, aguda y terrible, como si las tijeras le hubieran entrado en sus propias carnes. Ningún razonamiento lo tranquilizaba; había querido matarla y la mataría, si todavía se hallaba en el mismo sitio, desceñida, con el seno descubierto. Santiago se acordaba bien: apenas tenía diez y seis años, cuando le sorprendió el mal por primera vez, jugando con una muchacha, hija de un pariente, dos años menor que él: la muchacha se había caído, él le vió las piernas y se echó encima. También recordaba que al año siguiente había afilado un cuchillo para hundirlo en el cuello de una graciosa rubia á quien veía pasar todas las mañanas por su puerta. Esta tenía el cuello grueso y sonrosado, donde Santiago elegía el sitio, una señal obscura detrás de la oreja. Luego habían sido otras. Una hilera que se presentaba ante su recuerdo como horrible pesadilla, todas aquellas á quienes había hablado con su deseo brutal de asesino. Había una principalmente, á quien sólo conocía por estar sentada junto á él en el teatro, y de la cual tuvo que huir por no destriparla. Supuesto que no las conocía ¿qué furor podía te-

ner contra ellas? y, sin embargo, aquello era como una crisis repentina de rabia ciega, como una inagotable sed de vengar antiguas ofensas, de las cuales hubiese perdido el recuerdo exacto. ¿Procedía esto del mal que las mujeres habían causado en su generación, del rencor acumulado de hombre en hombre, desde el primer engaño en el fondo de las cavernas? Y él sentía también en su acceso, una necesidad de batallar para conquistar la hembra y domarla, la necesidad pervertida de echarse la muerta á la espalda cual un botín que se arranca á los demás para siempre. Su cráneo estallaba bajo el esfuerzo. Santiago no lograba darse una contestación satisfactoria, demasiado ignorante, en aquella agonía de hombre impelido á cometer actos en que su voluntad no tomaba parte, y cuya causa había desaparecido en él.

Otro tren pasó con el relámpago de sus luces y se internó como el rayo que ruge y se extingue en el fondo del túnel; y Santiago, como si aquella muchedumbre anónima, indiferente y oprimida hubiese podido oírle, se había levantado ahogando sus sollozos, tomando una actitud inofensiva. ¡Cuántas veces, á continuación de uno de estos accesos, había sentido los sobresaltos de un culpable, al menor ruido! No vivía tranquilo, feliz, desligado del mundo, sino cuando estaba en su máquina. Cuando lo llevaba en la trepidación de sus ruedas, con gran velocidad, cuando Santiago tenía puesta la mano sobre el volante de marcha, embebido

enteramente por la vigilancia de la vía, mirando las señales, no pensaba ya y respiraba libre el aire puro que soplaba siempre como aire de tormenta. Y por esto amaba tanto su máquina, como si fuese una querida de la cual sólo esperase felicidad. Al salir de la Escuela de Artes y Oficios, á pesar de su viva inteligencia, había elegido este oficio de maquinista por causa de la soledad y aturdimiento en que vivía, sin ambiciones, habiendo llegado en cuatro años á maquinista de primera clase y ganando ya dos mil ochocientos francos; lo cual, con las primas de calefacción y engrasamiento, ascendía á más de cuatro mil, sin soñar con nada más. Veía á sus compañeros de segunda y tercera clase, á los que formaban la compañía, á los obreros á quienes tomaba como discípulos, veía los á casi todos casarse con obreras, con mujeres á quienes solamente se veía á la hora de partir, cuando llevaban las cestas de la comida; mientras que los compañeros ambiciosos, sobre todo los que salían de alguna escuela, esperaban á ser jefes de depósito para casarse, con la esperanza de encontrar una señora de sombrero. Él huía de las mujeres ¿qué le importaban? No se casaría nunca, no tenía otro porvenir que rodar solo, ahora y siempre sin descanso. Todos sus jefes lo presentaban como un maquinista excepcional, que no debía ni mezclarse en aventuras, siendo solamente objeto de zumbas de parte de sus compañeros por el exceso de su buena conducta, é inquietando si-

lenciosamente á los demás cuando caía en sus tristezas, mudo, lánguido y terrosa la faz. En su cuartito de la calle de Cardinet, desde donde se veía el depósito de Batignolles, al cual pertenecía su máquina ¡cuántas horas recordaba haber pasado, encerrado como el monje en el fondo de su celda, dominando la revolución de sus deseos á fuerza de sueño, durmiendo boca abajo!

Haciendo un esfuerzo intentó Santiago levantarse. ¿Qué hacía allí, en la hierba, en aquella tibia y nebulosa noche de invierno? El campo seguía anegado en sombras, no había más luz que la del cielo; la niebla fría semejaba una inmensa cúpula de cristal esmerilado, que la luna, oculta detrás, alumbraba con un pálido reflejo amarillento, y el horizonte negro dormía con la inmovilidad de la muerte. Debían ser cerca de las nueve; lo mejor era irse á su casa y acostarse. Pero en su atolondramiento soñó verse de vuelta en casa de los de Misard, subiendo la escalera del granero, y echándose sobre el heno junto al cuarto de Flora. Allí estaría ella, Santiago la oía respirar; hasta sabía que jamás cerraba la puerta y podría reunirse á ella. Un gran calorío recorrió su cuerpo; la imagen evocada de aquella muchacha desnuda, con los miembros abandonados y tibios por el sueño, le sacudió una vez más con un sollozo, cuya violencia le tiró de nuevo al suelo. Había querido matarla, ¡matarla, Dios mío! Santiago agonizaba ante la idea de que iría á matarla en el lecho dentro de poco si volvía á la casa. Por más que

no tuviese arma alguna, por más que hiciese esfuerzos para contenerse, comprendía que la bestia, fuera de su voluntad, empujaría la puerta y estrangularía á la muchacha bajo el impulso del raptó instintivo y de la necesidad de vengar la antigua injuria. ¡No, no! ¡antes pasar la noche errando por los campos que volver allá! Habíase levantado de un salto y echó á correr.

Entonces, durante media hora, anduvo errante á través del negro campo, como si la jauría desencadenada de los espantos lo hubiese perseguido con sus ladridos. Subió cuestras y bajó estrechas cañadas. Uno tras otro, presentáronse arroyos á su paso, pero él los franqueó mojándose hasta las caderas. Unas malezas que le cortaban el camino lo exasperaron. Su único pensamiento era caminar en línea recta, lejos, más lejos cada vez para huir de la bestia enfurecida que sentía dentro de sí. Pero la bestia iba consigo, galopaba al compás de él. Hacía siete meses que llevaba una existencia como cualquier mortal, creyendo estar ya libre de la fiera, y ahora volvía á empezar la lucha para que no saltase sobre la primera mujer que hallara en su camino. Sin embargo, el profundo silencio, la inmensa soledad le tranquilizaban un poco, hacíanle soñar con una vida muda y desierta como aquel aislado país, en medio de la cual caminaría siempre fuera de los senderos transitados, sin encontrar jamás un alma. Tuvo, sin embargo, que volverse á pesar suyo, porque al otro lado tropezó con la vía,

después de haber descrito un ancho semicírculo, entre las desiguales pendientes que hay debajo del túnel. Retrocedió, con inquieta cólera, temiendo encontrar seres vivientes. Luego quiso cortar por detrás de un montecillo, perdióse y volvió á tropezar con la valla del camino de hierro, precisamente á la salida del subterráneo, frente al prado donde había estado sollozando poco antes. Y, vencido, encontrábase allí de pie, cuando el trueno de un tren que salía del seno de la tierra, lo detuvo. Era el exprés del Havre, salido de París á las seis y treinta, que pasaba por aquellos sitios á las nueve y veinticinco: un tren, que de dos en dos días, estaba él encargado de conducirlo.

Santiago vió primero aclararse la negra boca del túnel como la de un horno, donde se abrasan trozos de leña. Después, en medio del estruendo que producía, apareció la máquina, con el deslumbramiento de su inmenso ojo redondo, la linterna delantera, cuya luz agujereó las tinieblas del campo, encendiendo á lo lejos los rails con una doble línea de fuego. Aquello era una aparición, como un relámpago; enseguida sucedieronse todos los vagones, rápidos, con los cuadrados vidrios de las portezuelas profusamente alumbrados, haciendo desfilas los departamentos llenos de viajeros, en vértigo tal de velocidad, que la vista se perdía sin distinguir claramente las imágenes. En aquel momento preciso, Santiago vió por los relucientes cristales de una berlina, á un hombre que sujetando á

otro tumbado sobre el asiento, le clavaba una navaja en la garganta, mientras una masa negra, tal vez una tercera persona, tal vez una maleta caída, gravitaba con todo su peso sobre las convulsas piernas del asesinado. El tren huía, se perdía hacia la Croix-de-Maufras, no dejando ver de él, en las tinieblas, más que los tres faroles de detrás, el triángulo rojo.

Clavado en tierra, el joven seguía con sus ojos el tren, cuyo rugido se extinguía en el fondo de la paz mortal de los campos. ¿Había visto bien? Dudaba, sin embargo; no se atrevía á afirmar la verdad de la realidad de esta visión traída y llevada en un relámpago. Ni un rasgo sólo de los dos actores del drama se le había quedado impreso en la imaginación. La masa obscura debía ser una manta de viaje, caída al través del cuerpo de la víctima. No obstante, creyó en un principio haber distinguido, bajo espesa cabellera, un delicado y pálido perfil, pero todo se confundía y evaporaba como en un ensueño. Un instante, evocado el perfil, reapareció: luego borróse definitivamente. Aquello no era sin duda más que una ilusión. Y todo esto le helaba, parecía tan extraordinario, que casi acababa por creer en una alucinación, nacida de la espantosa crisis que acababa de atravesar.

Durante cerca de una hora todavía anduvo Santiago con la imaginación trastornada por confusos fantasmas. Estaba fatigadísimo y la fiebre que antes sintiera había cedido á un glacial frío

interior. Sin haberlo decidido acabó por tomar el camino que conduce á la Croix-de-Maufras, y así que hubo llegado junto á la casa del guarda-aguja, se detuvo, pensando en quedarse á dormir bajo el estrecho soportal; pero le llamó la atención un rayo de luz que pasaba por la rendija de la puerta, y la empujó maquinalmente. Un espectáculo inesperado le dejó inmóvil en el umbral.

Misard, en el rincón, había apartado el puchero de manteca; y á gatas por el suelo, con una linterna encendida puesta junto á sí, buscaba en la pared, examinándola por medio de leves golpes dados con el puño. Por lo demás no se turbó nada y dijo con naturalísimo acento:

—Se me han caído unas cerillas. Y cuando hubo colocado en su sitio el puchero de manteca, añadió:

—He traído la linterna, porque hace poco, al entrar, he visto á un hombre tendido en la vía..... creo que está muerto.

Santiago, á quien en un principio le había asaltado la idea de que Misard estaba ocupado en buscar el bolsillo de la señora Eufrasia, convirtiéndose en certeza sus dudas acerca de las acusaciones formuladas por esta última, sintióse tan impresionado por la noticia, que se olvidó del otro drama, el que se representaba allí en aquella casita perdida. La escena de la berlina, la visión tan fugaz de un hombre degollando á otro, acababa de renacer.

—¡Un hombre en la vía! ¿dónde?—preguntó palideciendo.

Misard iba á contarle que le había visto al traer dos anguilas que quería ocultar ante todo en su casa. Pero ¿tenía necesidad de confiarse á este muchacho? Así, pues, se contentó con responder:

—Allí abajo, como á quinientos metros.... Hay que ver claro, para saber á qué atenerse.

En aquel momento oyó Santiago un leve ruido sobre su cabeza. Tan ansioso estaba que se sobrecogió.

—No es nada—manifestó Misard;—Flora que se mueve.

Y el joven conoció, en efecto, el ruido de dos pies desnudos pisando el suelo. Se conoce que Flora había estado esperándole y venía á escuchar por la rendija de la puerta.

—Le acompañaré á Ud. ¿Y está Ud. seguro de que esté muerto?

—¡Caramba! eso me parece. Con la linterna saldremos de dudas.

—¿Y qué le parece á Ud.? Un accidente, ¿no es eso?

—Puede. Algún mozo que habrá querido morir aplastado, ó quizás algún viajero que se habrá tirado del vagón.

Santiago se estremeció.

—¡Venga Ud. pronto! ¡Venga Ud. pronto!

Jamás le había agitado semejante fiebre de ver. Fuera ya, mientras que su compañero seguía tranquilo por la vía, balanceando la linterna, cuyo círculo de claridad se deslizaba levemente sobre los rails, corría él delante, irritado

por tanta lentitud. Su anhelo era como un deseo físico, como el fuego interior que acelera el andar de los amantes en las horas de cita. Tenía miedo de lo que le esperaba allá abajo y volaba, no obstante, con toda la velocidad de sus musculosas piernas. Cuando llegó, sintióse sacudido de pies á cabeza por un estremecimiento nervioso. Y su agonía por no ver nada claramente, se tradujo en juramentos contra el otro, que venía rezagado treinta pasos más atrás.

—¡Por vida de Dios! ¡Acabe Ud. de llegar! Si viviese todavía podríamos socorrerlo.

Misard llegó con su habitual calma, y cuando hubo paseado la linterna por encima del cuerpo, exclamó:

—¡Ah! está muerto.

El individuo, despedido sin duda de un vagón, estaba boca abajo, con el rostro pegado al suelo, á unos cincuenta centímetros de los rails. No se veía de la cabeza más que una espesa corona de cabellos blancos. Las piernas estaban separadas y el brazo derecho yacía como desprendido, mientras que el izquierdo permanecía doblado debajo del pecho. Estaba muy bien vestido, llevaba un amplio paletot de paño azul, y sus pies estaban calzados con unas elegantes botinas. El cuerpo no presentaba señales de fuerte contusión; pero mucha sangre había salido de la garganta y manchaba el cuello de la camisa.

—Un caballero á quien han despachado—